

NOTA DE LECTURA N° 1: Proudhon, Pierre-Joseph (1974 [1846]): *Sistema de contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, Júcar, Barcelona.

- LOS ORÍGENES: El maestro del oficio habría dividido el proceso de trabajo fijando en las tareas por él divididas, a sus compañeros y aprendices y concentrando, definitivamente, en su figura el saber productivo y, con él, el control real de los procesos productivos, convirtiéndose en «patrón»:

«Ha observado uno, que dividiendo la producción y sus diversas partes, y haciendo ejecutar cada una de ellas por un obrero solo, podía obtener una multiplicación de fuerza, cuyo producto fuese con mucho superior a la suma de trabajo que da el mismo número de obreros, cuando no está dividido el trabajo. Cogiendo el hilo de esta idea dijo, para sus adentros, que, formando un grupo permanente de trabajadores acomodados al objeto especial que se proponían, había de obtener una producción más sostenida, más abundante, menos costosa. (...) He presentado al empresario en los albores de la industria, tratando de igual a igual a sus camaradas, que han venido más tarde a ser sus jornaleros. Es en verdad sensible que esta igualdad primitiva haya desaparecido rápidamente debido a la ventajosa posición del amo y a la dependencia de los asalariados»¹

- LA DIVISIÓN DEL TRABAJO: El «lado bueno» de la división del trabajo; la progresión y la socialización del «espíritu creador» *en las comunidades humanas*:

«Considerada en su esencia, la división del trabajo es el modo como se realiza la igualdad de las condiciones y la inteligencia. Por medio de la diversidad de las funciones da lugar a la proporcionalidad de los productos y al equilibrio en los cambios, y, por consecuencia, nos abre el camino de la riqueza; así como también, revelando lo infinito en todas partes, en el arte, en la naturaleza, nos lleva a idealizar todas nuestras operaciones, y hace al espíritu creador, es decir, a la divinidad misma, *mentem divinorem*, inmanente y sensible en todos los trabajadores»²

El «lado malo» de la división del trabajo; motor de la degradación del trabajo humano *en los talleres*, convirtiéndose éste en mera repetición de gestos sobre tareas parceladas:

«[Pero] el trabajo, con dividirse según la ley que le es propia, y que constituye la primera condición de su fecundidad, termina por negar sus propios fines y se destruye a sí mismo. En otros términos: la división, sin la cual no hay progreso, ni riqueza, ni igualdad, subalterniza al obrero y hace imposible la igualdad, nociva la riqueza e inútil la inteligencia (...). Un hombre que hace durante toda su vida una misma operación, llega de seguro a ejecutarla mejor y más rápidamente que otro alguno; pero se hace al mismo tiempo menos capaz de otra ocupación cualquiera, ya física, ya moral: se extinguen sus demás facultades, y de eso resulta una degeneración en el hombre considerado individualmente. ¡Triste confesión la de no haber hecho nunca más que la decimotava parte de un alfiler! (...) El trabajo, que debía dar vuelo a la conciencia y hacernos cada vez más dignos de ventura produciendo por medio de la división parcelaria el apocamiento del espíritu, amengua al hombre en la más noble parte de sí mismo, *minorat capitis*, y lo relega a la especie de los seres irracionales. (...) No tardará en ejecutar ese juicio de la necesidad y la naturaleza. (...) la conciencia universal no tasa del mismo modo el trabajo de un aparejador que el de un peón de albañil. Hay por lo tanto necesidad de reducir el precio del jornal; de suerte que el trabajador después de haber sido lastimado

¹ Proudhon, 1974 [1846]: 179-180.

² *Ibíd.*: 131-132.

en su alma por una función degradante, no puede menos de serlo en su cuerpo por lo módico de su recompensa»³

- LAS MÁQUINAS: Aquello que ha sido desunido por el trabajo parcelario moderno será reunido por su antítesis; la máquina. Así, la máquina, por un lado (el bueno), constituye la síntesis de procesos y operaciones de trabajo y posibilita la consiguiente restitución de un nuevo trabajador sintético:

«La introducción de las máquinas en la industria se realiza en oposición a la ley de división del trabajo, y como para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por esta ley (...). En la sociedad, la incesante aparición de las máquinas es la síntesis, la fórmula inversa de la división del trabajo; es la protesta del genio de la industria contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas del trabajo que la división había separado. Toda máquina puede ser definida de este modo: un resumen de muchas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación de trabajo, una reducción de gastos. Bajo todos estos puntos de vista, la máquina es la contraposición de la división del trabajo. Luego por medio de la máquina, no podrá menos de haber restauración del trabajador, disminución de fatiga para el obrero, baja de precio en los productos, movimiento en la relación de los valores, progreso hacia nuevos descubrimientos y aumento del bienestar general»⁴

Pero, por el otro (lado malo), promueve la subordinación del trabajo humano, sujetando la actividad del operador a la cadencia que le impone su propia actividad maquina:

«Las máquinas nos prometían un aumento de riqueza y han cumplido su palabra, pero dándonos de un mismo golpe un aumento de miseria. Nos prometían también la libertad, y voy a probar que nos han traído la esclavitud (...). El período que en estos momentos recorremos, el de las máquinas, se distingue por un carácter particular: el salariado. El SALARIADO desciende en línea recta del empleo de las máquinas, es decir, para dar a mi pensamiento toda la generalidad de expresión que reclama, de la ficción económica por la que el capital se hace agente de producción. El salariado, por fin, posterior a la división del trabajo y al cambio, es el correlativo obligado de la teoría de la reducción de los gastos, cualquiera que sea el modo como esta reducción se obtenga (...). La primera, la más sencilla, la más poderosa de las máquinas es el taller. La división no hacía más que separar las diversas partes del trabajo, dejando que cada uno se entregara a la especialidad que más le gustase: el taller agrupa a los trabajadores según la relación de cada parte con el todo. (...) La máquina o el taller, después de haber degradado al trabajador dándole un amo, acaba por envilecerlo, haciéndolo bajar del rango de artesano al de peón»⁵

- VALORES DE USO (DEMANDA) Y VALORES DE OPINIÓN (OFERTA): ¿De dónde derivó la compulsión de los otrora artesanos a la fragmentación de los procesos y el consiguiente control privado de los instrumentos de trabajo y, con ellos, de las formas de producir? Del abandono de las leyes de proporcionalidad de los intercambios sociales de la riqueza producida a una guerra anárquica entre los «valores de uso» de los compradores y los «valores de opinión» de los vendedores. En el capitalismo, según Proudhon, el valor de cambio se ha autonomizado, como «valor de opinión», del valor de uso merced a la existencia de los capitalistas, respondiendo, éste último, únicamente a la oferta y la demanda. Según Proudhon, cuando las determinaciones de las proporciones en las que se realizan los intercambios son abandonadas al combate entre los intereses de los compradores (*valores de uso*) y los intereses de los vendedores (*valores de opinión*), el efecto de la proliferación de valores de uso es un descenso de sus respectivos valores de opinión (su abundancia desvaloriza, monetariamente hablando, la realización mercantil de las mercancías):

³ *Ibíd.*: 134-35.

⁴ *Ibíd.*: 159, 161.

⁵ *Ibíd.*: 171, 181 [mayúsculas del autor].

«Puesto que todos los hombres subsistimos sólo por el trabajo y el cambio, y somos tanto más ricos cuanto más producimos y cambiamos, lo consiguiente para cada uno de nosotros es que produzcamos lo más posible de valores útiles, a fin de aumentar en otro tanto nuestros cambios y por lo mismo nuestros goces. Pues bien, el primer efecto, el efecto inevitable de la multiplicación de valores, es que SE ENVILECEN: cuanto más abunda una mercancía, tanto más pierde en el cambio y mercantilmente se deprecia. ¿No es verdad que hay aquí contradicción entre la necesidad del trabajo y sus resultados? (...) El valor es caprichoso como la libertad: no considera para nada la utilidad ni el trabajo, lejos de esto, parece que en el curso ordinario de las cosas, y dejadas a parte ciertas perturbaciones excepcionales, los objetos más útiles son siempre los que se han de vender a más bajo precio; o en otros términos, que es justo que los hombres que trabajan más a gusto sean los mejor retribuidos, y los peor retribuidos los que viertan en su trabajo la sangre y el sudor. De tal modo, que siguiendo el principio hasta sus últimas consecuencias, se acabaría por concluir lo más lógicamente del mundo que las cosas de uso necesario y de cantidad infinita no deben valer nada, y por el contrario, las de ninguna utilidad y de escasez extrema ser de un precio inestimable. (...) Luego, por el solo hecho de ser, en mi calidad de comprador libre, juez de mi necesidad, juez de si el objeto me conviene, y juez del precio que por él he de dar y por ser tú, en tu calidad de productor libre, dueño de escoger los medios de ejecución, y árbitro, por consecuencia, de reducir tus gastos, no puede menos que introducirse la arbitrariedad en el valor y de hacerlo oscilar entre la utilidad y la opinión»⁶

- EL VALOR CONSTITUIDO: Pero, según Proudhon, los intercambios del producto social sí presentan un criterio preestablecido, universal, justo e igualitario para su realización (frente a la variabilidad, parcialidad, injusticia y desigualdad que caracterizarían su abandono a las «formas ceremoniales [monetarias] del mercado», al combate contradictorio entre valores de uso y valores de opinión). Este criterio no es otro que el tiempo de trabajo *efectivamente* empleado por cada productor en la elaboración de su producto: el *valor constituido*. Todo valor, según el axioma de Adam Smith, no vale más que el trabajo que lo ha constituido. La «justa» retribución del trabajador sería, teniendo en cuenta los gastos de reposición de materiales y maquinaria y excedentes a conservar, la justa parte del valor producido. Cada producto se intercambiaría siempre por otro en estricta equivalencia atendiendo a los tiempos de trabajo *efectivamente* incorporados en ellos por sus productores; cada productor obtendría así en el cambio el estricto equivalente a las horas de trabajo empleadas en la realización de su producción:

«la oferta y la demanda, que se pretende sea la única regla de los valores, no son más que dos formas ceremoniosas que sirven para poner frente a frente el valor útil y el valor de cambio, y tratar de conciliarlos. (...) El trabajo, sólo el trabajo, produce los elementos todos de la riqueza y los combina hasta en sus últimas moléculas, según una ley de proporcionalidad variable, pero cierta. (...) si el valor es susceptible de variación, es precisamente por estar sometido a una ley cuyo principio es esencialmente móvil, a saber: el trabajo medido por el tiempo. (...) Por este análisis, el valor, considerado en la sociedad que forman naturalmente entre sí los productores, por la división del trabajo y por el cambio, es la relación de proporcionalidad de los productos que componen la riqueza; y lo que se llama especialmente el valor de un producto, es una fórmula que indica en caracteres monetarios la proporción de este producto en la general riqueza. La utilidad funda el valor; el trabajo determina su relación; el precio es (...) la expresión misma de esta relación. (...) La teoría de la medida o de la proporcionalidad es, tómese muy en cuenta, la teoría misma de la igualdad. (...) El valor concebido como proporcionalidad de los productos, en otras palabras el VALOR CONSTITUIDO, supone necesariamente, y en un grado de igualdad, utilidad y venalidad, indivisible y armónicamente unidas. (...) Si, pues, el jornal del sastre absorbe diez veces el del tejedor, es como si el tejedor diese diez días de su vida por un día de la vida del sastre. Eso es

⁶ *Ibíd.*: 92, 93, 94 [mayúsculas de autor].

precisamente lo que sucede cuando un labrador paga doce francos a un notario por un documento cuya redacción cuesta una hora; y esa desigualdad, esa iniquidad en los cambios, es la más poderosa causa de miseria que hayan revelado los socialistas (...). Todo error en la justicia conmutativa es una inmolación del trabajador, una transfusión de la sangre de un hombre en el cuerpo de otro hombre. (...) De esta proposición [el trabajo es el principio de proporcionalidad de los valores] y de sus corolarios, todo producto vale lo que cuesta de trabajo, y, los productos se compran con productos, se deduce el dogma de la igualdad de las condiciones»⁷

⁷ *Ibíd.*: 100, 101, 104, 107, 109, 120-121, 123, 125-126 [mayúsculas del autor].